

Sólo después de considerar el último elemento que la constituye, podemos apreciarla debidamente. Pero para que resulte de ella un todo viviente y se manifieste tal como es, hay necesidad de que se sostenga y practique todo lo que Cristo ha fundado y encomendado á su Iglesia. Nada hay que mutilar aquí, ni la Iglesia, ni la fe, ni la santa palabra, ni el sacrificio, ni los sacramentos, ni la acción personal del hombre. Jesucristo nada ha dado que sea superfluo, ni nada ha ordenado que sea imposible. No es posible suprimir una tilde de lo que ha considerado como indispensable. Suprimir algo, equivaldría á sacrificar al mismo Jesucristo, y esto tanto más seguramente, cuanto que más necesario sea lo que se rechace.

8. Lo más necesario de todo ello es la Iglesia como institución de salvación.—Ahora bien, lo que hay de más necesario en todo esto es la Iglesia como institución de salvación. Al hablar así, hemos descartado ya esa malvada interpretación, en virtud de la cual se complacen nuestros enemigos en imputarnos la intención de considerarla como la única cosa de que todo depende. ¡No! Bajo la presión del knut y del sable, la Iglesia griega todo lo ha rechazado, hasta la pompa de la liturgia. Allí, la Iglesia sola debe, pues, hacerlo todo; la dependencia con relación á ella debe sustituir á toda actividad humana personal. De aquí que casi haya desaparecido la recepción de los sacramentos; el libre movimiento de la vida espiritual, que en la Iglesia latina ha producido tan rica floración de asociaciones piadosas y costumbres populares, es desconocido en aquélla; la predicación, que en otro tiempo brilló con tan vivo esplendor en Oriente, ha quedado reducida al silencio. Es esto sin duda alguna un exceso que no conduce á la salvación; pero de ello no se sigue que la salvación quede más asegurada, si el hombre se apoya únicamente en sí mismo.

Procediendo por modo absolutamente contrario á la Iglesia griega, el Protestantismo ha suprimido la Iglesia y toda actividad practicada en nombre de Dios; en una pa-

labra, ha suprimido todos los medios de salvación, y con ellos, la misma institución de salvación. No queda, pues, más que la palabra de Dios, que el culto privado de Dios, que una asamblea arbitraria de personas, animadas de las mismas intenciones; por consiguiente, una sociedad privada, cuyo contenido é importancia dependen desde luego de sus miembros, pero de la cual nada reciben ellos, y menos que nada, la verdad, la bendición, la salvación en nombre de Dios.

Que nadie se extrañe de esta afirmación, pues es una verdad indiscutible. No hay Iglesia, si uno no se la representa como una Iglesia litúrgica y sacerdotal, si no hay un culto tributado á Dios por sacerdotes. Allí donde la Iglesia—considerada á la vez como autoridad y como institución de salvación, poseyendo sacerdotes y sacramentos—está investida del poder divino, ofrece para los fieles, en nombre y en lugar de Jesucristo, el sacrificio y la oración del jefe y de los miembros formando un todo indisoluble, absolutamente como Jesucristo los ofrece con nosotros y para nosotros en el altar de su Padre celestial. Mas allí donde simplemente se reúnen millares de miembros de una comunidad, aunque lo hagan en un templo y ofrezcan sus propias oraciones en común, su acción no es más que un culto divino común, pero no el culto divino de la comunidad, porque no es el culto divino de la Iglesia; no es más que un culto divino solemne, pero no un culto litúrgico.

Que dos ó tres personas oren en sus casas, ó que centenares de ellas oren juntas en su propio nombre en un local público, en nada afecta á la naturaleza del todo. Admitimos también que, si están animadas de rectas intenciones, el Maestro estará con ellas. Pero lo mismo ocurrirá, si con la fe oran en sus casas solas ó reunidas.⁽¹⁾ De este modo, ruegan únicamente con Él. Pero deben también orar en su nombre,⁽²⁾ es decir, en lugar de Él, investidas de su omnipotencia y de la fuerza que emana de Él, y acer-

(1) Matth., XVIII, 20.

(2) Joan., XIV, 13 y sig., 23.

carse al Padre por medio de Él. ⁽¹⁾ Ahora bien, hay una diferencia notable entre la oración hecha con Jesucristo y en nombre de Jesucristo. En esta última, no es Él como hermano entre hermanos, sino que es superior á nosotros y nosotros le estamos subordinados. Es, pues, un culto divino totalmente diferente. Es el culto divino litúrgico por Jesucristo y en nombre de Jesucristo. Pero Él ha rehusado expresamente rogar en adelante por nosotros, personalmente, ⁽²⁾ como en otro tiempo en los días de su vida mortal. Porque quiere que, en este culto divino, oremos por la mediación de la que ha enviado revestida de su poder, como Él mismo había sido enviado, ⁽³⁾ es decir, como la dispensadora de sus misterios, y como su representante. ⁽⁴⁾

Allí donde falten estas condiciones, el Hijo de Dios no ruega, pues, por la comunidad, sino á lo más con ella. Esto no es, pues, otra cosa que el puro culto profano de Dios, el culto privado de Dios; por consiguiente, no es otra cosa que lo que los individuos aportan con sus personas al lugar de la reunión; pero no hay nada de lo que debe serles aportado del cielo, en nombre de Jesucristo, por la Iglesia, á la que ha fundado con los sacramentos y el sacerdocio.

Vese bien aquí lo que es la Iglesia, y lo que falta á los que carecen de Iglesia con sacerdotes y sacramentos. En vano se dice que la oración es recomendada y practicada en las llamadas iglesias protestantes, ya que no tenemos necesidad de la Iglesia simplemente para orar. Orar, edificarnos, recogernos, oír una lectura, un sermón, todo esto podemos hacerlo también en casa. Si se trata de adhesión á la Iglesia y de participación en sus sacramentos, no basta que se atraiga al hombre á la Iglesia sólo con el objeto de hacer en ella lo que puede hacer en cualquiera

(1) Joan., XIV, 6. Col., III, 17. Hebr., VII, 24.

(2) Joan., XVI, 26.

(3) Joan., XVII, 18; XX, 21. Matth., XXVIII, 18, 19.

(4) I Cor., IV, 1. II Cor., V, 10.

otra parte. Con razón podría uno rebelarse contra la usurpación eclesiástica y el despotismo ejercido sobre las conciencias, si se exigiese que uno se abandonase á una supuesta Iglesia, la cual, á su vez, le abandonase á sí mismo. No, si una institución que reivindica el nombre de Iglesia no es capaz de dar al hombre que aspira á la felicidad, al pobre pecador, que, teniendo conciencia de su debilidad y de su pecado, suspira por un socorro, un auxilio verdadero por los medios de la gracia, por medios que le permitan obtener su salvación, entonces perjudica á su libertad y le engaña desde que le exige que se someta á ella. Si la Iglesia no puede, en nombre de Dios, dar al hombre lo que éste no puede procurarse por sí mismo, si no puede dar á sus miembros una fuerza superior á la que poseen ó pueden alcanzar por medios ordinarios; en una palabra, si no tiene gracias sobrenaturales que comunicar á los suyos, si sus fieles más autorizados no son á la letra, como dice el Apóstol, administradores y expendedores de los misterios de Dios; ⁽¹⁾ ¿por qué, pues, adherirse á ella? ¿Cómo podría exigir que los hombres se sirviesen de su culto y de sus sacramentos, si lo que les da tienen que llevarlo primero de casa, y entregárselo, como si se tratase de una rifa ó de una tertulia? ¿Qué sentido y qué fundamento tendría esto?

Una asamblea de pastores no instituídos, sin la representación de la Iglesia, sin culto divino litúrgico y eclesiástico, no puede en manera alguna ofrecer este auxilio, ya que todo ello no es más que una asamblea laica.

En una Iglesia popular y democrática, no hay nada que se parezca á medios de salvación, no hay más que culto vacío, consistente sólo en palabras, ya que no puede haber medio alguno de salvación en una Iglesia despojada de autoridad, de liturgia y de sacramentos, en una palabra, despojada de la autoridad divina. ¿Cómo sus ministros predicarían como el Maestro, es decir, como quien tiene el

(1) I Corint., IV, 1, 2. Tit., I, 7.

poder, ⁽¹⁾ si no están investidos de su poder, es decir, si no han sido enviados? ⁽²⁾ ¿Cómo pueden decir: «Nosotros, pues, somos embajadores en nombre de Dios, como si Dios os amonestase por nosotros,» ⁽³⁾ si, instituidos únicamente por una sociedad particular, á causa del orden externo, no son consagrados y enviados por el mismo Jesucristo para ser sus representantes? Pueden ellos usar un lenguaje más hermoso que los que predicán la palabra de Dios sin vano ruido de palabras y sin artificio; ⁽⁴⁾ en este caso, preciso es que se ingenien en reemplazar la autoridad que les falta, con aduladoras insinuaciones; pero todo esto no impedirá que sus esfuerzos sean vanos. Lo que falta á sus palabras, es, desde luego, la virtud de lo alto, y después, la naturaleza del medio de salvación. Cuanto más sincera es su convicción, más dolorosamente deben sentir esto. Porque ¿qué diferencia hay entre sus discursos y una conferencia en una sala de teología? La impresión de la palabra viviente es grande, pero al propio tiempo es más fugitiva que la de un estribillo, con relación al cual, el efecto sensible de la melodía permanece mucho después que las palabras se han borrado de la memoria. Se sale del sermón diciendo que ha sido hermoso, pero en esto únicamente consiste el provecho que se reporta de él. Se ha desvanecido la emoción, los buenos impulsos no han producido frutos. Si á la palabra, no ciertamente la del laico, sino la del representante de Cristo, hubiese seguido la acción propia de la Iglesia, si al sermón hubiese seguido el sacrificio y su virtud incomprensible de purificación y de elevación, el pecador hubiese salido transformado en otro hombre. La liturgia hubiera afirmado y consolidado lo que el sermón tan bien había comenzado, y los Sacramentos lo hubieran acabado, de concierto con la libre cooperación del pecador contrito y arrepentido. En una pala-

(1) Matth., VII, 29. Marc., I, 22. Luc., IV, 22.

(2) Rom., X, 15.

(3) II Cor., V, 20.

(4) I Cor., I 17; II, 13. II Petr., I 16. II Tim., II, 9.

bra, el cristiano hubiese sido conducido al camino de salvación por un medio de salvación y una institución de salvación.

9. Dificultad é importancia del camino del salvación.—¿El camino de la salvación! Una palabra que nunca se puede pronunciar sin angustia y en la cual, sólo con temblor del corazón, se pueda pensar. ¡Oh, cuán estrechos son la puerta y el camino que conducen á la vida, y cuán pocos hay que los encuentren! ⁽¹⁾ ¿Quién puede pensar sin dolor que sean tan pocos los que caminan por él, y tantos los que van por el ancho camino que conduce á la perdición! Y además, tenemos que observar que una violación criminal del orden de Dios, ha privado á muchos, pertenecientes al pequeño número de los que querían andar por el camino estrecho, de toda dirección y fuerza superiores.

¿No debemos creer que los que han hecho tal cosa no tenían presentimiento alguno de ello, ni de cuantos medios son necesarios para que el hombre débil encuentre el difícil camino de la salvación y llegue al término felizmente? Pues, como hemos dicho ya, se necesita mucho auxilio divino y humano, para que uno salga del abismo de la miseria humana y llegue á la gracia y á la salvación. Una virgen cristiana, favorecida de revelaciones divinas, la bienaventurada Ana Catalina Emmerich, dijo con razón estas palabras: «Para practicar la fe de la Iglesia del Señor, por completo, pura y perfectamente, en todos los actos del culto externo, sin perjudicar á los demás; para celebrar con perfección todos los misterios de la religión, preciso es gran pureza y santidad interiores; mas éstas casi han desaparecido de la tierra». ⁽²⁾

No entraremos en más amplios detalles sobre este último punto. La piadosa Vidente vivía en los tiempos más tristes de la Iglesia, y podía encontrarse á veces en la misma disposición de espíritu que antiguamente el profeta Elías, cuando creía que sólo él permanecía fiel á Dios

(1) Matth., VII, 14.

(2) Diel und Kreiten, *Clemens Barentano*, II, 153.

en la tierra. ⁽¹⁾ Mas lo que es sí cierto es que falta mucho de esto, y que todo debe obrar de concierto para hacer de un pobre pecador un cristiano y un hombre completo. Esto es más que crear el cielo y la tierra. ⁽²⁾ Para obrar este milagro, lo natural y lo sobrenatural, Dios y el hombre, la gracia, la libertad y la Iglesia, con todos sus medios de salvación, deben obrar de concierto. Para que una sola alma se convierta en hija de Dios, ha sido preciso que, en su amor, la haya escogido Dios desde la eternidad. Por ella ha debido sacrificarse el mismo Hijo de Dios; por ella ha tenido que aparecer en la tierra con la librea de la servidumbre; por ella ha tenido que enseñar la palabra de vida; por ella ha debido dar ejemplo de una santidad nunca vista; por ella ha debido fundar la Iglesia, derramar su virtud en los sacramentos, comunicarles su gracia, curar las heridas del alma, vencer las debilidades del corazón; por ella ha debido abandonar la vida y crear millares de medios y de ocasiones, sin los cuales, su gracia, no obstante su virtud, no podría ejercer su eficacia.

He aquí ahora esta alma bajo la influencia de todos estos poderes, de la palabra de Dios, de la gracia, del ejemplo, de la intercesión, de la Iglesia, y he aquí que, por su posesión, van á librarse combates porfiados y llenos de alternativas, de éxitos y reveses, entre el amor de Dios y la dureza humana, entre los méritos de Cristo y los ejemplos seductores del mundo, entre el poder de la Iglesia y la debilidad personal. ¿Qué guerra ha existido nunca en la que se haya ventilado un interés tan grande, en la que haya dependido el éxito de incidentes tan pequeños? ¿Es posible que haya aquí demasiada circunspección, demasiado temor, demasiada esperanza, demasiado esfuerzo personal, demasiado auxilio extraño, demasiados medios diversos de salvación, demasiadas instituciones humanas de salvación?

10. El camino de salvación y la actividad humana.
—Lo único que explica porqué no emprende uno jamás

(1) III Reg., XIX, 4.

(2) August., *In ps.* 110, en. 3. *In Joan.*, tr. 72, 3. Thomas, 1, 2 q. 113, a. 9.

esta gran lucha referente á su salvación, son los escrúpulos que se le ocurren, ora por la idea de que los esfuerzos personales que haga le conducirán á una estimación exagerada de sí mismo y al desprecio de la gracia y de los méritos de Cristo, ora por la idea de que la confianza en el poder de los medios de salvación perjudique á los esfuerzos personales. Sólo el hombre que no ha luchado hasta el sacrificio por su libertad, puede caer en el error de que es algo por sí mismo y no necesita auxilio alguno sobrenatural. Del mismo modo, ese desdichado temor de que los sacramentos podrían dañar á la actividad personal no se encuentra ordinariamente más que en aquellos que no los reciben, que no saben lo que es la oración, y no hacen lo que pueden para salvar su alma.

Jamás ha pensado un verdadero cristiano que Dios quiera ahorrarle el trabajo personal por sus innumerables gracias y sus medios de gracia. Para salvar al hombre, hace Dios todo lo que aquél no puede hacer, y también muchas otras cosas que quizás podría hacer en caso de necesidad. Pero insiste en que haga lo poco que le falta hacer. No exige de él que se atribuya á sí mismo la gracia, porque entonces la gracia no sería gracia. ⁽¹⁾ Pero Dios quiere dárnosla, no como á piedras, sino como á hombres, no como á muertos, sino como á vivos; no como á hombres dormidos, sino como á hombres libres y conscientes. Nuestro trabajo no producirá ni merecerá jamás la gracia, pero Dios tampoco quiere dárnosla en propiedad, sin que nos apropiemos sus dones por nuestra cooperación libre. Es lo menos que puede exigir de un hombre libre; es también todo lo que podemos ofrecer de más grande y lo que no debemos dejarnos arrebatar nunca, si tenemos conciencia de nuestro honor. Dios nos ha creado, y lo ha hecho, verdad es, sin nuestro concurso. También Él nos justifica; pero esto no lo hace sin nuestro concurso. ⁽²⁾

Así ha comprendido el Cristianismo, desde el principio,

(1) Rom., XI, 6.—(2) S. Agustín, *Sermo* 169, 11, 13.

la doctrina de la salvación, y así ha dispuesto, aun en la vida real, el camino de la salvación. Es una indigna mentira la pintura que el Protestantismo, con el único objeto de poner más de relieve sobre un fondo sombrío su doctrina de la salvación, evidentemente muy incompleta, ha hecho en el transcurso de los siglos, con tan negros colores, de la supuesta falsificación de la fe en la Edad Media. No sólo las enseñanzas de los Santos Padres y de los grandes teólogos, sino también las poesías populares de la Edad Media, muestran la unanimidad con que todo el mundo cristiano comprendió y practicó, hasta la época de la Reforma, la grande y hermosa doctrina de la salvación, fundada en la cooperación recíproca de Dios y del hombre, en la Iglesia y en sus medios de salvación, como ya lo hemos expuesto. ⁽¹⁾

En vano es—se dice en el *Parzival*, esa epopeya de la lucha por la gracia—en vano es que alguno quiera merecer la gracia por sus propias fuerzas, como se adquiere una recompensa terrestre: «Decís que suspiráis tras del Graal. ¡Qué locos sois! Lo lamento, pero nadie puede conquistarlo, sino el destinado por el cielo, el que se consagre á su servicio.» ⁽²⁾

Mas esto no dispensa á nadie la obligación de luchar formalmente para conseguir la salvación. Sólo tiene la esperanza de llegar al fin el que seriamente toma á pechos su mejoramiento personal, y trabaja en él con todas sus fuerzas. «Montsalvas no está acostumbrado á que el que no ha luchado seriamente, ó, á falta de combate, no ha sentido lo que el mundo llama muerte, entre por sus puertas.» ⁽³⁾

Cuanto más heroicamente hace uno lo que puede, tanto más comprende que sus fuerzas no bastan, y tanto más aprecia el beneficio que Dios le hace, cuando le socorre en el camino que ha hecho para la salvación. Las mismas ideas

(1) Cf. más abajo, *Apéndice II*, 6.

(2) *Parzival*, 468, 10 y sig. (Bartsch, 9, 1060 y sig.).

(3) *Parzival*, 443, 16 y sig. (Bartsch, 9, 316 y sig.).

se encuentran exactamente en el noble Freidank, el primer poeta didáctico de la Edad Media: «Debemos honrar á los sacerdotes que nos dan la mejor enseñanza posible; no podemos vivir sin su auxilio, cuando pedimos el alimento del Señor.» ⁽¹⁾ «El que posee estas tres cosas: el cuerpo del Salvador, la confesión y el bautismo, puede prescindir de todo lo demás; y puede uno poseerlas sin comprarlas.» ⁽²⁾

Pero si alguien quisiera contar con lo que la Iglesia hace por él por medio de los sacramentos, ó creer que la eficacia de estos medios de salvación operará en él milagros sin él, éste, aunque esté colocado en medio de las fuentes vivas de la gracia, morirá sin poder refrigerarse en ellas. «Nadie puede libertarse de su pecado, sin arrepentimiento y vida honesta.» ⁽³⁾ «El más hermoso día de triunfo para todos es aquel en que se logra una victoria sobre el pecado.» ⁽⁴⁾

¡Que aquellos que no ven más que una contradicción en este camino de salvación del Cristianismo, puedan siquiera hacer un ensayo personal! Creen ellos—por lo menos lo afirman—que nuestros sacramentos son un puro mecanismo superficial, por medio del cual podemos negociar con Dios, á propósito de nuestros pecados. ¿Por qué, pues, no hablar más que de cosas de las cuales depende la salvación? Sin embargo, el reino de Dios no consiste en palabras, sino en obras. ⁽⁵⁾ ¡Ojalá puedan también ellos, en lugar de perderse en vanas palabras, ponerse á la obra para acercarse más al reino de Dios! Estamos persuadidos de que, si únicamente hubiesen ido á confesarse sinceramente con un sacerdote que ocupa con dulzura y dignidad el puesto de Dios, sabrían lo que quiere decir la frase *remitir los pecados y convertirse en otro hombre.* ⁽⁶⁾

(1) Freidank, 15, 23 y sig.

(2) *Idid.*, 16, 4 y sig.

(3) *Ibid.*, 39, 24 y sig.

(4) *Ibid.*, 36, 23 y sig.

(5) I Cor., IV, 20.

(6) V. más arriba, III, 7.